

apretadas en él ni podían salirle.

De sus «Versos sencillos», decía Martí que fueron como tropel de mariposas que en los días en que los escribió le andaban dando vueltas por la frente y añadía: «Fué como una visita de rayos de sol. Mas ¡ay! que luego que los vi puestos en papel, vi que la luz era ida!» Indudablemente la escritura perjudica a los versos y a las cartas de Martí. A aquel «hombre de verdad y sencillez y no un llena-páginas», como decía él de sí mismo, el papel le estorbaba. «El papel me estorba y quisiera hablarle, quisiera haberlo visto», le escribía a su amigo José D. Poyo. «Ni es más fácil que todo eso ser poeta a la vez en versos y obras», le escribía otra vez a Enrique José Varona y él, Martí, era poeta en versos y obras. Y en cartas. Y en otra carta a este mismo Varona cita unos versos de Miguel Ángel, tan parecido en su poesía a Martí. La de uno y la de otro fueron poesías de escultor: la de Martí poesía de escultor de un pueblo.

Habla de continuo Martí en sus cartas de la prisa que tiene, de andar con alas. Devoraba la vida hasta que la vida le devoró. Y se ve que no releía sus cartas. Por lo que no parecen cartas escritas y ni aun habladas, sino mandadas. En cuanto quiere fundir varias oraciones en un párrafo articulado, de síntesis, de subordinación, oratoria, se enreda en aquellas sus proposiciones breves, elípticas y aforísticas, bíblicas, y la cosa le sale mal. Su estilo era un estilo profético, bíblico; hablaba mejor, mucho mejor como Isaías que como Cicerón. «Lo que se hace es lo que queda y no lo que se dice», decía, y su decir era sobre todo un hacer, sus palabras eran actos.

De aquí que la prosa epistolar de Martí, llena de hermosas frases poéticas, sea tan a menudo excesivamente oscura y hasta casi ininteligible. ¿Qué quiere decir, v. gr., esta frase: «Desde la cama, junto»? Ni por el contexto de la carta se deduce. Otras veces inventa giros absurdos como éste: «y no les parece que haya elegancia mayor que la de beberle al extranjero los pantalones y las ideas». Hay que ver: ¡beber los pantalones! Otra carta empieza con este galimatías: «Amigo queridísimo: Sin brazo, del pulmón que no quiere servir. Hasta el sábado. Cuidado allá que se culebrea. Culebras de Cuba...» Y sigue por este mismo tenor.

Pero en cambio, ¡qué de expresiones felices! ¡Qué de frases en que según su propia expresión, se acuñaba al propio corazón y «sin miedo a lo dantesco»! Este «sin miedo a lo dantesco» pinta su estilo.

El lector nos va a permitir una pe-

queña antología de frases de Martí sacadas de sus cartas. Allá va: «Quisiera relámpagos a mi lado», «A la bilis habría que temer; pero ya tengo mi retorta en el corazón y allí endulzo lo amargo», «...le leyó la verdad de las entrañas...», no que le leyese la verdad en las entrañas, sino la verdad de ellas; «de juego con la sangre del país a la carta de la inmortalidad». frase ésta que hay que cotejar con aquella otra, también suya, de que en Cuba la milicia «no pone, como otras, la gloria militar por encima de la pa-

A. D. J. GARCÍA MONGE,
en San José de Costa Rica.

Le devuelvo adjunto, mi estimado señor, con el párrafo corregido. Acaso había incluido en él alguna otra cita, pero como no tengo aquí ahora a mano las Cartas de Martí—es decir, como no las he dado aún entrada en el índice de mi librería seríame menester una larga rebusca—como va queda con sentido. No consiste, además, el punto en multiplicar las citas sino en escojerlas bien y típicas. Gracias por la difusión que procura a mi escrito y ojalá ello contribuya a que se lea a Martí con devoción inteligente. A los que escribimos lengua hablada y dinámicamente, nos han hecho oscuros los academizantes, que escriben, y mecánicamente, lengua escrita. Y la oscuridad está en sus cabezas. Para que un cristal se haga espejo es menester que sea en sí, en su entraña, oscurísimo. En el mármol negro, no en el blanco, se ve uno. Y basta.

Le saluda desde Salamanca, a 25 de marzo de 1920.

MIGUEL DE UNAMUNO

tria». «Tiene una mano con alas». Aunque que para expresiones materializadas, es decir, poetizadas, no hay como aquélla en que decía: «Sentía como una piedad en mis manos cuando ayudaba a curar a los heridos...» «¡Que nos vean la vida!» exclamaba una vez. ¿Y esto que decía al contar cómo se encontraron con la guerrilla haracoana de Félix Ruenes: «Los ojos echaban luz y el corazón se les salía»? De una de sus cartas decía que «iba llena de raíz». Y así es, iban llenas de raíz, pero con poco, con muy poco follaje.

Y en su lacónica y aforística y taquigráfica brevedad, las frases de Martí suelen ser enfáticas, muy enfáticas, pero de un énfasis natural. «Los dedos se me quejan», dice al comenzar una carta a Serafín Bello y acaba diciéndole: «Sáquese una página del corazón. De-

mos de nuestra sangre, si sirve de riego». En otra carta al mismo: «Recojan almas». Y en otra: «¿qué no tiene después de ellos ponzoña, la villanía?» Con esto hay para un poema. Otra vez dice: «pondré actividad de loco en el empleo de mi razón», y es una de las más felices expresiones que hemos leído. Escribiendo a I. A. Lucena le dice conceptuosa y conceptísticamente: «Cada cubano que muere es un canto más: y cada cubano que vive debe ser un templo donde honrarlo: así mi corazón lleno de estas memorias, de manera que fuera de ellas no vive, y muere de ellas». Otra vez: «y aunque se echen a comerme las entrañas yo las sacaré triunfantes en el puño. Ya Ud. sabe cuáles son mis entrañas: la libertad de nuestro país». «Ando como sobre alas», escribe otra vez, «ando» y no «vuelo». «Las guerras van sobre caminos de papel», dice refiriéndose al poder de la prensa. Otras veces habla de «derramamientos de almas» o dice de uno que es «redondo de mente y de razón». «Ya llegaré a su hora a las puertas, con mi tierra en los brazos y le darán pan y vino». «Que si es noble decir la verdad, lo noble es decir la toda». «En la verdad hay que entrar con la camisa al codo, como entra en la res el carnicero». «¡Y cuidado, cubanos, que hay guantes tan bien imitados que no se diferencian de la mano natural!».

Una vez habla—esto en un discurso—de «un silencio que caía sobre los hombros como una investidura», y en el mismo discurso del «acero de que se fabrican a la vez las plumas y las espadas» y más adelante que «sólo desdeña a los demás quien en el conocimiento de sí halla razón para desdeñarse a sí propio».

Y este hombre—y «ser hombre, decía él, es, en la tierra, difícilísima y pocas veces lograda carrera»—ansiaba amar y ser amado. En sus cartas abundan frases como éstas: «quírame!» «gozo en quererlo»; «es un placer amar»; «no deje de amarme»; «dígame en seguida que me entiende y me quiere; aguardo con el corazón atravesado», y este hombre era, por lo tanto, fundamentalmente un pesimista. «Cuando se está dispuesto a morir se piensa poco en la muerte, ni en la propia ni en la ajena» decía el que murió por su patria, pero también dijo que padecer, «es lo mismo que vivir» que «a obrar bien y no a gozar hemos nacido» y que «hacer siempre es sufrir». No fué nunca un hombre sereno «una flor de mármol» como le llamaba a Varona, y en la hermosísima carta que escribió a su madre menos de dos meses antes de morir—murió el 19 de mayo de 1895,—le decía: «Usted se duele, en la cólera de su amor, del sacrificio de mi vida; y